



# CHINA

HENRY KISSINGER

DEBATE

**China**  
**Henry Kissinger**

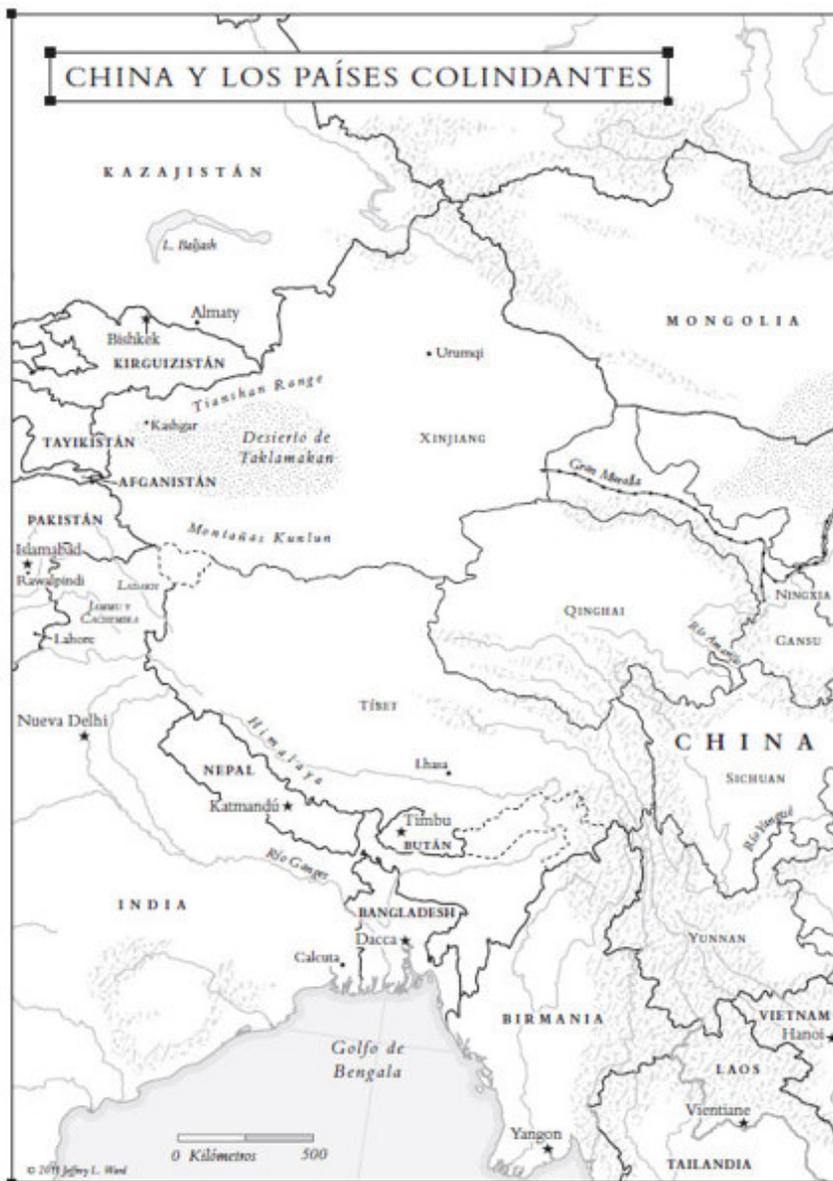
Traducción de  
Carme Geronès y Carles Urritz

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

## Índice

- Cubierta
- Prefacio
- Nota sobre la ortografía china
- Prólogo
- 1. La singularidad de China
- 2. La cuestión del kowtow y la guerra del opio
- 3. De la preeminencia a la decadencia
- 4. La revolución permanente de Mao
- 5. La diplomacia triangular y la guerra de Corea
- 6. China se enfrenta a las dos superpotencias
- 7. Diez años de crisis
- 8. El camino hacia la reconciliación
- 9. La reanudación de las relaciones: primeros contactos con Mao y Zhou
- 10. La semialianza: conversaciones con Mao
- 11. El fin de la era de Mao
- 12. El indestructible Deng
- 13. «Tocar el trasero del tigre»: la tercera guerra de Vietnam
- 14. Reagan y la llegada de la normalidad
- 15. Tiananmen
- 16. ¿Qué tipo de reforma? La gira de Deng por el sur
- 17. Los altibajos en el camino hacia otra reconciliación: la era Jiang Zemin
- 18. El nuevo milenio
- Epílogo: ¿La historia se repite? El informe Crowe
- Notas
- Biografía
- Créditos
- Acerca de Random House Mondadori

*Para Annette y Óscar de la Renta*





## Prefacio

Hace casi cuarenta años, el presidente Richard Nixon me concedió el honor de enviarme a Pekín para restablecer el contacto con un país clave en la historia de Asia, con el que Estados Unidos no había tenido relaciones de alto nivel en más de veinte años. El inicio del contacto tenía como objetivo principal que el pueblo estadounidense viera una panorámica de paz que trascendiera las penalidades de la guerra del Vietnam y las alarmantes perspectivas de la guerra fría. Por su parte, China, aunque aliada técnicamente con la Unión Soviética, necesitaba espacio de maniobra para oponer resistencia al temido ataque de Moscú.

Durante aquel período me desplazé a China en más de cincuenta ocasiones. Al igual que muchos otros visitantes a lo largo de los siglos, acabé admirando al pueblo de este país, su fuerza, su sutileza, su sentido familiar y la cultura que representa. Por otro lado, durante toda mi vida he reflexionado sobre la paz, en gran parte desde la perspectiva de Estados Unidos, y he tenido la suerte de poder conjugar estas dos líneas de pensamiento en mi función de alto cargo de la administración, de transmisor de mensajes y de erudito.

Esta obra, basada en parte en conversaciones con dirigentes chinos, intenta explicar la forma conceptual en que los chinos se plantean los problemas de la paz, la guerra y el orden internacional, y su relación con el enfoque estadounidense más pragmático, que los aborda caso por caso. Las distintas historias y culturas a veces aportan conclusiones divergentes. No siempre estoy de acuerdo con la perspectiva china, lo mismo les ocurrirá a los lectores. Pero es necesario comprenderla, porque China ejercerá una función muy importante en el mundo que empieza a vislumbrarse en el siglo XXI.

Desde la primera visita que efectué a este país, China se ha convertido en una superpotencia económica y en un importante factor en la configuración del orden político mundial. Estados Unidos se ha impuesto en la guerra fría. La relación entre China y Estados Unidos ha pasado a ser un elemento clave en la meta de la paz y el bienestar mundial.

Ocho presidentes de Estados Unidos y cuatro generaciones de dirigentes chinos han llevado esta delicada relación con una gran coherencia, teniendo en cuenta las diferencias en los puntos de partida. Ni una parte ni otra ha permitido que sus respectivos legados históricos o sus diferentes concepciones del orden interno interfieran en su relación, básicamente colaboradora.

Ha sido un camino complejo, pues ambas sociedades consideran que representan valores únicos. La excepcionalidad estadounidense es propagandista. Mantiene que este país tiene la obligación de difundir sus valores por todo el mundo. La excepcionalidad china es cultural. China no hace proselitismo; no reivindica que sus instituciones tengan validez fuera de China. Sin embargo, el país es el heredero de la tradición del Reino Medio, que clasificó de manera formal el resto de los estados en distintos niveles tributarios basándose en su aproximación a las formas culturales y políticas chinas; en otras palabras, aplicó un tipo de universalidad cultural.

El libro tiene como núcleo básico la interacción entre los dirigentes chinos y estadounidenses a partir de la creación en 1949 de la República Popular de China. Desde el gobierno y fuera de él, he mantenido mis archivos de las conversaciones celebradas con cuatro generaciones de dirigentes chinos, y a estos documentos he recurrido como fuente principal para la redacción de la obra.

No podría haber escrito este texto sin la ayuda eficaz y la dedicación de una serie de colegas y amigos que me han permitido abusar de su generosidad.

Schuyler Schouten se convirtió en alguien indispensable en mi tarea. Lo conocí hace ocho años, cuando John Gaddis, profesor de Yale, me lo recomendó diciéndome que

era uno de sus alumnos más aventajados. Cuando inicié el proyecto, le pedí si podía conseguir dos meses de permiso en el bufete en el que trabajaba. Lo hizo y se implicó tanto en el proceso que siguió la obra hasta su finalización, un año después. Schuyler se hizo cargo de buena parte del trabajo de investigación. Echó una mano en la traducción de textos chinos y se comprometió por completo en las agudas implicaciones de otros escritos más delicados. Trabajó incansablemente en la redacción y en la fase de corrección de pruebas. Jamás había contado con la colaboración de un investigador mejor que él, y en contadas ocasiones con alguien de su talla.

La suerte quiso que trabajara conmigo diez años en el amplio abanico de mis actividades Stephanie Junger-Moat, una persona de las que en béisbol se conocen como jugador polivalente. Se ocupó de una parte de la investigación y de la redacción y fue mi principal contacto con la editorial, aparte de encargarse de la tarea de comprobación de todas las notas. Colaboró en la coordinación de la composición de los textos y arrimó siempre el hombro cuando se acercaban las fechas límite. Una contribución crucial, afianzada por su encanto personal y sus dotes diplomáticas.

Harry Evans se ocupó hace treinta años de preparar la edición de *White House Years*. Me he permitido abusar ahora de nuestra amistad y ha sido quien ha repasado todo el manuscrito. Él apuntó un gran número de acertadas sugerencias en cuanto a redacción y estructura de la obra.

Theresa Amantea y Jody Williams mecanografiaron un sinnúmero de veces el original y pasaron noches y fines de semana ayudándome a terminarlo en el plazo previsto. Su buen humor, eficacia y perspicacia para los detalles resultaron vitales.

He de dar las gracias a Stapleton Roy, ex embajador en China y reconocido erudito sobre China; a Winston Lord, colega en la época de la apertura hacia este país y posterior embajador en él, y a Dick Viets, responsable literario de la obra, por haber leído unos cuantos capítulos de la misma y transmitirme sus perspicaces comentarios. Jon Vandel

Heuvel ha colaborado con una eficaz investigación para algunos de los capítulos.

La experiencia de publicar en Penguin Press ha resultado muy agradable. Ann Godoff siempre ha estado disponible, con gran criterio, sin acuciarme en ningún momento: en realidad, ha sido un placer tratar con ella por su buen talante. Bruce Giffords, Noirin Lucas y Tory Klose han ido llevando el libro con gran pericia a través del proceso de producción editorial. Fred Chase se ha ocupado de la edición del original con esmero y eficacia. Laura Stickney, que por edad podría ser mi nieta, no se sintió en ningún momento intimidada por el autor y ha asumido la dirección de la edición. Superó hasta tal punto sus reservas respecto a mis puntos de vista en política que consiguió que estuviera siempre pendiente de sus mordaces e incisivos comentarios, que iba anotando al margen del original. Ha sido una persona incansable, aguda, de una eficacia extraordinaria.

Mi inmenso agradecimiento a todas estas personas.

Los informes gubernamentales a los que he recurrido llevaban un tiempo desclasificados. Quisiera dar las gracias en concreto al Woodrow Wilson International Center for Scholars, el centro internacional para académicos que desarrolla el Proyecto de Historia Internacional de la Guerra Fría por haberme permitido utilizar extensos pasajes de sus archivos sobre documentos rusos y chinos desclasificados. La Biblioteca Carter me facilitó amablemente muchas de las transcripciones de encuentros con dirigentes durante la presidencia de Carter, y la Biblioteca Reagan me ha proporcionado un gran número de documentos de sus archivos, que me han sido de gran utilidad.

Huelga decir que los fallos del libro solo pueden atribuírseme a mí.

Como siempre durante más de medio siglo, mi esposa, Nancy, me ha proporcionado el incondicional apoyo en medio de la soledad que creamos los autores (como mínimo este autor) a nuestro alrededor cuando escribimos. Ella ha leído la mayoría de los capítulos y ha contribuido con un gran número de importantes sugerencias.

He dedicado *China* a Annette y Óscar de la Renta. Empecé el libro en su casa de Punta Cana y lo terminé allí. Su hospitalidad ha constituido una faceta más de una amistad que ha proporcionado alegría y profundidad a mi vida.

Henry A. Kissinger  
*Nueva York, enero de 2011*

## Nota sobre la ortografía china

En el libro se utilizan frecuentemente nombres y términos chinos. Existe una ortografía alternativa para muchas palabras en este idioma, basada en dos métodos de transcripción de los caracteres chinos al alfabeto latino ampliamente extendidos: el método Wade-Giles, que imperó en gran parte del mundo hasta la década de 1980, y el método pinyin, adoptado oficialmente por la República Popular de China en 1979, cada vez más corriente a partir de entonces en publicaciones occidentales y otras asiáticas.

En el libro se usa en general la ortografía pinyin. Se utiliza, por ejemplo la transcripción pinyin «Deng Xiaoping» en lugar de la Wade-Giles, «Teng H'siao-ping». En los casos en que resulte mucho más familiar la ortografía sin transliteración pinyin se mantiene para comodidad del lector. Para el nombre del antiguo teórico militar «Sun Tzu», por ejemplo, se ha optado por la ortografía tradicional en lugar de la nueva transcripción pinyin «Sunzi».

En alguna ocasión, y por coherencia a lo largo del texto, se ha pasado a ortografía pinyin alguna referencia citada de nombres listados en un principio en transcripción Wade-Giles, cambios que constan en las notas del libro. En cada caso se mantiene el término chino base; la diferencia estriba en el método utilizado para pasar el término al alfabeto latino.

## Prólogo

En octubre de 1962, el dirigente revolucionario chino Mao Zedong convocó a sus principales mandos militares y políticos a una reunión en Pekín. A tres mil doscientos kilómetros de allí, en dirección oeste, en el territorio prohibido y escasamente poblado del Himalaya, los soldados chinos e indios se encontraban bloqueados, en un punto muerto respecto a la polémica frontera entre ambos países. La disputa nació a raíz de las distintas versiones que tenían unos y otros sobre la historia: la India reivindicaba la frontera establecida durante el mandato británico; China, los límites de su mandato imperial. La India había desplegado sus puestos de avanzada en el extremo de lo que consideraba la frontera; China había rodeado las posiciones indias. Habían fracasado los intentos de negociar un acuerdo territorial.

Mao decidió acabar con aquel callejón sin salida. Recurrió a la tradición china clásica que, por otra parte, estaba en vías de dismantelar. China y la India, explicó Mao a sus mandos, habían librado anteriormente «una guerra y media». Pekín podía extraer una lección de cada una de ellas. La primera guerra tuvo lugar mil trescientos años antes, durante la dinastía Tang (618-907), cuando China envió soldados a apoyar un reino indio contra un violento e ilegítimo adversario. Tras la intervención de China, ambos países disfrutaron de unos siglos de próspero intercambio religioso y económico. La lección que aprendieron de la antigua campaña, en palabras de Mao, era que China y la India no estaban condenadas a una enemistad perpetua. Tuvieron ocasión de volver a disfrutar de un largo período de paz, pero para conseguirlo China tuvo que recurrir a la fuerza para «llevar» de nuevo a la India a «la mesa de negociación». La «media guerra», en la cabeza de Mao, había tenido lugar setecientos años antes, cuando el dirigente mongol Tamer-

lán saqueó Nueva Delhi. (El argumento de Mao se basaba en que, ya que Mongolia y China formaban parte de la misma identidad política, aquella era una «media» guerra chino-india.) Tamerlán había conseguido una victoria significativa, pero en cuanto llegó a la India su ejército mató a más de cien mil prisioneros. En esta ocasión, Mao instó a las fuerzas chinas a mostrarse «comedidas y ajustadas a los principios». <sup>1</sup>

No parece que ningún seguidor de Mao —la dirección del Partido Comunista de una «nueva China» revolucionaria declaraba sus intenciones de cambiar el orden internacional y abolir el propio pasado feudal de China— haya cuestionado la pertinencia de estos antiguos precedentes sobre los principios estratégicos actuales de China. La planificación de un ataque se encontraba en la base de los elementos básicos perfilados por Mao. Semanas más tarde, la ofensiva se llevó a cabo casi al pie de la letra como la había descrito él: China dio un golpe súbito y demoledor a las posiciones indias y se replegó inmediatamente hacia la línea de control anterior; llegó incluso a devolver el armamento pesado capturado a los indios.

En otro país resultaría inconcebible que hoy en día un dirigente pusiera en marcha una iniciativa nacional de esta envergadura invocando unos principios estratégicos de un acontecimiento ocurrido un milenio antes, y que esperara que sus socios comprendieran el significado de las alusiones. Pero China es singular. No existe otro país que pueda reivindicar una civilización tan continuada en el tiempo, ni un vínculo tan estrecho con su antiguo pasado y con los principios clásicos de la estrategia y la habilidad política.

Otras sociedades, entre las cuales se encuentra Estados Unidos, han reivindicado la pertinencia universal de sus valores e instituciones. Ninguna, sin embargo, es igual que China en la persistencia —y en convencer a sus vecinos de que consientan— en una concepción tan elevada de su función en el mundo durante tanto tiempo, y frente a tantas vicisitudes históricas. Desde el nacimiento de China como

Estado unificado en el siglo III a.C. hasta el desmoronamiento de la dinastía Qing en 1912, China permaneció en el centro de un sistema internacional de Asia oriental de notable continuidad. Se consideraba que el emperador chino constituía el pináculo de la jerarquía política universal (y así lo reconocían la mayoría de los estados vecinos), y el resto de los dirigentes estatales teóricamente actuaban como vasallos suyos. La lengua, la cultura y las instituciones políticas chinas constituían los hitos de la civilización, hasta el punto de que incluso sus adversarios en el ámbito regional y los conquistadores extranjeros las adoptaban en distintos grados como muestra de su propia legitimidad (a menudo como primer paso antes de ser subsumidos por China).

La cosmología tradicional se mantuvo en este país a pesar de las catástrofes y los largos períodos de declive político, que en ocasiones duraron siglos. Incluso cuando China quedó debilitada o dividida, su centralidad continuó siendo la piedra de toque de la legitimidad regional; distintos aspirantes, chinos o extranjeros, compitieron por unificar o conquistar el país y luego gobernaron desde la capital sin cuestionar la premisa básica de que era el centro del universo. Mientras otros países recibían el nombre de algún grupo étnico o a partir de una referencia geográfica, China se autodenominó *zhongguo*: el «Reino Medio» o el «País Central».<sup>2</sup> Quien pretenda comprender la diplomacia china del siglo XX o su papel en el mundo en el siglo XXI tiene que empezar —aunque sea a costa de una posible simplificación excesiva— valorando básicamente el contexto tradicional.